Reminiscencias

SOBRE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Medellín, 28 de junio de 1919.

Señor don Horacio Botero Isaza

P.

Distinguido señor y amigo:

Le estoy muy reconocido por el obsequio de su estudio relativo a José Asunción Silva, y por la deferente dedicatoria con que viene.

Usted ha escrito con el corazón y el cerebro, y las letras patrias deben agradecer su esfuerzo generoso.

Como no es baladí nada de lo que se relacione con el egregio poeta, deseo noticiarlo de algunas reminiscencias personales; alguna de ellas contiene una completa rectificación a un juicio suyo, proferido seguramente por no conocer ciertos pormenores de lugar, tiempo y personas; juicio de Ud., de que participó Unamuno, por lo cual a él también alcanza la rectificación.

Refiriéndose a la poesía de Silva titulada «Respuesta de la Tierra», dice Ud.

«Guillermo Valencia, cuya autoridad acato, pero con quien no estoy en este particular acorde, ha dicho que el poeta de que habla Silva en estos versos no es él mismo, lo cual a mi parecer no es acertado... Lo segundo me hace pensar, entre otras cosas, que el clarividente payanés no entendió el poema, o que para él es risible y cómico hasta el drama más emocionante y desgarrador».

Pues ha de saber Ud., estimado señor y amigo, que el clarividente payanés tiene razón. Luego lo veremos.

Hice mi primer viaje a Bogotá al comenzar el mes de marzo de 1894. Yo no conocía personalmente a Baldomero Sanín Cano, pero había sostenido con él una correspondencia literaria, en que el Maestro me iniciaba en el culto de que él ha sido Pontífice; acabado de llegar, el 6 de aquel marzo recibí un telegrama de Sanín Cano fechado en Chapinero, en que me decía:

«¿Tendrá Ud. la amabilidad de comer conmigo mañana, en el Club Calle Real, a las seis?—Estará José A. Silva».

Puedo dar a Ud. estos detalles porque conservo el telegrama.

—¿Que si yo, oscuro provinciano, iría a conocer al padre de la crítica y al portalira colombianos?—Claro que iría.

Leo con frecuencia, tratándose de Silva, que fué incomprendido y despreciado por sus contemporáneos. No sé en qué se funda ese juicio; de lo que si puedo responder es de que los que en provincia nos interesábamos en ese tiempo por las cosas literarias, teníamos verdadera veneración, para no decir adoración, por Silva, y mezclábamos su nombre con los de Darío, Verlaine, y D'Anunzio que empezaban a tener inmensa boga; y que entre los cultores de la literatura a quienes traté en Bogotá en 1894, Gómez Restrepo, Holguín y Caro, Max Grillo, Tirado Macías, Soto Borda, Jorge Pombo, Alejandro Vega, Roberto Suárez... y muchos más, encontré igual, altísimo aprecio por el cantor del *Nocturno*.

José Asunción Silva

Imagínese, pues, con qué entusiasmo aceptaría la llamativa invitación. El 7 de marzo, a las seis de la tarde, —una tarde limpia y de mucha luz— me desmonté del viejo tranvía, en Chapinero, en la oficina de la Gerencia donde trabajaba Sanín Cano.

Avancé, positivamente emocionado, a la puerta de la oficina, donde me esperaban dos caballeros: robusto el uno, bajo de estatura, de ojillos maliciosos y de sonrisa inquietante; alto el otro, de estatura mayor que la ordinaria, ligeramente encorvado de espaldas, muy blanco, barba y cabello negros, muy negros, y aquélla cerrada y ondulosa; ojos grandes, redondos y singularmente expresivos, por donde entraba la vida y salía el alma: era un hombre hermoso con belleza que oscilaba entre griega y nazarena.

El pequeño, de mirada inquieta, se adelantó y con amable brevedad, preguntó:

—¿Restrepo?

—Sí; ¿y usted?

—Sanín Cano. Nos abrazamos como viejos amigos, y luego en tono amistoso presentó al efebo:

—José Asunción.

Algo tembloroso, di la mano al egregio poeta, y le dije:

—Uno de mis grandes anhelos al venir a Bogotá, era conocer a usted don Joeé Asunción.

Con la actitud más familiar y de menos *pose* me colocó la mano en el hombro, y contestó:

—Oiga, Carlos; yo soy José Asunción, sin añadijos.

Entré con los dos Maestros a la oficina de Sanín Cano, en la que había un estante lleno de libros en idiomas conocidos y desconocidos. Nos sentamos, y el crítico habló con erudición y profundidad de la literatura escandinava, que estudiaba en esos días, y acabó haciendo una original apología de Maeterlinck, a quien admiraba de modo especial. El poeta habló hermosamente de Verlaine y de Mallarmé; y al fin, Crítico y Poeta se engolfaron en una disertación acerca del periodismo en Francia, llena de actualidad y de interés.

A eso de las siete salimos a comer en el precitado «Club de la Calle Real», que resultó ser una fonda u hotelucho de pueblo, de modesta apariencia, dirigido por una honorable familia Cristancho, y donde se comía muy bien y limpiamente. Los dos grandes intelectuales lo frecuentaban, por la excelencia de los manjares y por la apacibilidad del ambiente.

El Club ocupaba una de las primeras casas del poblado, al entrar a Chapinero por la calle del Tranvía que —como se sabe—es la prolongación de la Calle Real de Bogotá: de aquí el pomposo nombre.

Pero antes de llegar, nos dijo Silva:

—Permítanme un momento; voy a reclamar un encargo.

Y entró a un pequeño almacén, de los que llaman de *ropaza*, habló con el dueño; y éste le entregó una ruana finísima. Ví que Silva pagó por ella ocho pesos; y como sabía que el bolsillo del poeta estaba muy escaso, y

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "